



Educación en los tres primeros años: la complejidad de ser educadora

"Ah-dijo el gato escuchando- ¿pero qué le agrada al bebé?
- Le agradan las objetos suaves que le producen un leve cosquilleo - respondió el
murciélago.
- Le agrada tener en los brazos objetos cálidos al tise o dormir. Le agrada que jueguen con él. Le
agradan todas estas cosas"
Rudyard Kipling

En la descripción de los momentos del desarrollo de los niños quedan claras dos cuestiones para el trabajo educativo:

- La importancia de los procesos por los que los niños pasan durante estos tres años sobre los que se fundamenta el desarrollo posterior y que garantizan en buena medida su futuro equilibrio emocional. La rapidez de este desarrollo implica gran cantidad de cambios que hacen de esta edad un período especialmente delicado y sometido a frecuentes crisis, en las que son necesarios continuos esfuerzos de adaptación por parte de los niños.
- La importancia del medio social, de las personas que rodean al niño. Sin su presencia y sin la interacción adecuada con ellas, los niños no pueden progresar y no pueden conservar el equilibrio personal a lo largo de las sucesivas etapas del desarrollo. Esto da mayor trascendencia de la tarea de las educadoras de la primera infancia. Una tarea difícil y que implica un alto coste personal para quienes la realizan.

Es verdad que gran parte de lo que se hace con el niño en los centros (atenderles en los cuidados básicos, relacionarse, jugar..) es en gran medida lo mismo que se hace en la familia.

- Pero las educadoras tienen la responsabilidad de **recrear un medio favorecedor del desarrollo de los niños**, en el que estén presentes el tipo de relaciones y de experiencias que se dan de manera natural (aunque no sin esfuerzo) en el marco familiar. Y para un grupo de niños más o menos numeroso y en unas condiciones determinadas y limitadas.
- Se requiere en las personas que deben llevarlo a cabo **una formación específica y profunda y una gran claridad de intenciones y objetivos.**

La **profesionalidad** incide especialmente en las relaciones entre educadoras y familias: debe ser la colaboración la que presida estas relaciones por el bien del niño. Pero, los padres no pueden dejar de tener dificultades normales para dejar el cuidado de sus hijos en manos extrañas y todavía más para compartir con otras personas el afecto del niño y la satisfacción por estar «dándole vida». Ante esto, las educadoras necesitan tener una gran seguridad profesional para no sentirse ofendidas o descalificadas y aportar la confianza suficiente sin caer en la rivalidad o reaccionar descalificando a las familias.

- El contexto en el que se desarrolla el trabajo educativo plantea sus propias dificultades.
- Para desenvolverse adecuadamente en las situaciones de grupo, las educadoras necesitan una buena capacidad para trabajar en equipo.

¹ Síntesis elaborada a partir de: ELENA LOBO: "Educar en los tres primeros años..." Madrid (pag. 47-66) © Juan Ramón Alenza, 2000

- En el trabajo directo con los niños, las educadoras han de responder de manera inmediata a las necesidades de varios niños a la vez. Esto las obliga continuamente a establecer prioridades y a tomar decisiones que afectan a niños concretos con los que se sienten comprometidas como responsables de su bienestar y con los que están vinculadas emocionalmente. Esta necesidad de atender permanentemente a los imprevistos y a la diversidad, manteniendo el equilibrio personal, exige disponer de gran cantidad de recursos de acción y de capacidad para planificar esa misma acción para que sea eficaz, sin dejarse desbordar por la tensión de la inmediatez.

Las actitudes

Las personas que se ocupan de la crianza y educación de los niños pequeños necesitan contar con un conjunto de actitudes y cualidades profesionales que se puede definir a partir de lo que sabemos sobre el desarrollo de los niños y de cómo lo condicionan sus relaciones con los adultos. La reflexión sobre la propia acción, el trabajo en equipo y la formación, ayudan a hacer surgir y a cultivar estas buenas actitudes profesionales. Cada educadora ha de hacer su tarea desde su propia manera de ser y con su propio estilo personal: se trata de saber responder adecuadamente a las necesidades de los niños de manera constante, enriqueciendo las características personales propias de cada uno.

- Tiene un **profundo interés y un conocimiento suficiente** sobre la infancia, sobre el desarrollo de los niños, su situación social, sus derechos y necesidades. Mantiene el deseo de aprender, la voluntad de mejorar sus prácticas y el interés por la formación.
- **Disfruta con la relación con los niños**, le gusta su trabajo y lo desarrolla con alegría y optimismo.
- Actúa con una intencionalidad clara, **sabe por qué y para qué hace las cosas**. Pero tiene capacidad de adaptación, de flexibilizar su actuación en función de las necesidades que se planteen.
- Es **capaz de comprometerse en una verdadera interacción con los niños**, sin confundir su papel con el de la familia. Posibilita y favorece el desarrollo al poder empatizar con ellos y ser sensible a sus necesidades.
- **Sabe expresar afecto e interés por los niños y por sus familias**. Está abierta a la comunicación, escucha tanto a los niños como a las familias.
- Evita implicarse excesivamente en las situaciones de tensión de los niños e intenta darles tiempo, ser paciente, saber esperar haciendo lo necesario para resolver las dificultades.
- **Reflexiona sobre las consecuencias de la propia intervención** y a qué da lugar, sobre los logros y conquistas de los niños y actúa con seguridad a partir de su reflexión.
- Es **capaz de colaborar con sus compañeros**, de intercambiar ideas, aceptar sugerencias y llevar adelante proyectos comunes.

características específicas. Cada uno debe ser atendido y valorado en su especificidad, respetando las diferencias, la peculiaridad del contexto familiar, los ritmos de desarrollo y las maneras de ser. Es indispensable la disponibilidad para acogerles y escucharles, teniendo un preciso conocimiento de cada niño, de sus posibilidades y del tipo de intervención que necesita. Saber interpretar sus señales y anticiparse con los cuidados que necesiten y favorecer sus procesos personales.

- **Relacionarse con los niños de manera fluida y recíproca.** Cultivar la accesibilidad corporal, bajar a su nivel, ponerse a su alcance. La actitud corporal, el tono de voz, la mirada, les proporcionan la seguridad que necesitan, al acogerles físicamente y facilitar el contacto corporal. La continuidad de la comunicación hace necesario expresarse con gestos cordiales y ofrecer acceso a un rostro cercano, a una mirada atenta. **Utilizar, además, el don de la palabra:** hablar al niño, hablar con el niño, hablar para el niño, hablar por el niño, dar significado al mundo y a su experiencia. Garantizar que se establece con cada uno de los niños y niñas una comunicación en la que hay tiempo para escuchar, tiempo para responder y tiempo para expresar al otro las ideas y los sentimientos propios. Cuando los niños son demasiado pequeños para hablar, necesitan que otros expresen verbalmente para ellos las situaciones, los acontecimientos, sus propias reacciones, sus emociones y las de los otros, y que el adulto sepa hacerse eco de sus señales sonoras y corporales como si se tratara de auténticas palabras. Prestar a los niños el apoyo suficiente en las sucesivas situaciones más o menos conflictivas que se producen durante la primera infancia. Si se hace un esfuerzo por comprender lo que subyace a la inquietud, el llanto, los problemas para dormir, la inapetencia, o las agresiones, se les podrá ayudar a superarlas con éxito. Para eso, necesitan contar con un adulto capaz de contenerles, de dar sentido a su experiencia, de asegurarles la reinstauración de la calma mediante una relación tierna y firme.

- **Regular la vida en grupo.** Trabajar con los niños y niñas en un clima emocional positivo en el que se puedan producir las interacciones que son condición del desarrollo, con estrategias que le permitan regular la vida en grupo y compaginar los diversos requerimientos e intereses individuales. El establecimiento de una organización clara de la vida, con los límites necesarios a la acción de los niños, ordena la vida de los niños y crea un marco de seguridad. Es importante que las educadoras puedan mantener una conducta estable y tolerante a pesar de los cambios inevitables de su estado de ánimo. Tener una educadora entendible y previsible garantiza la calma a los niños y les permite aceptar los límites sin temor a perder el afecto del adulto. Es particularmente importante el papel adulto en los conflictos que se plantean entre los niños: saber prevenirlos e intervenir para que todos se sientan seguros, sin que los que producen más tropiezos se conviertan en los malos del grupo y logrando que los más tímidos se sientan suficientemente respaldados y legitimados para defender sus intereses. Y sobre todo, evitar que la intervención suponga una ruptura de la calma del grupo mayor que la producida por el propio conflicto. La necesaria regulación del grupo no debe arriesgar un medio cálido y en el que predomine el bienestar, por eso hay que mantener bajo control la propia tensión, los gritos o la brusquedad en los momentos difíciles, y mantener una honestidad afectiva e intelectual que haga posible la claridad en la expresión de los sentimientos y establezca la sinceridad, desterrando la ironía y los dobles mensajes. Esta actitud es percibida por todos los niños y les permite acceder a unas relaciones de confianza con la educadora.

2

- **Favorecer la actividad de los niños.** Es necesario, no sólo el respeto a la iniciativa y a la autonomía, sino además considerarlas imprescindibles para su buen desarrollo: se debe dar a los niños un margen de decisión adecuado a su edad, demostrando confianza al animarles en sus intentos y alegrándose de sus logros porque les permiten ser ellos mismos y como resultado se ven potenciadas la expresividad y la creatividad. Comprometerse en la actividad de los niños significa recibir y seguir sus intereses pero también saber hacer propuestas motivadoras, saber adaptarse a sus respuestas flexiblemente, ayudándoles a ir un poco más allá de lo que les permiten sus posibilidades actuales pero sin desbordarles. Diseñar actividades y situaciones que den lugar a acciones diversas de los niños y hagan posible el juego. La creación de un ambiente favorecedor del desarrollo supone que todo lo que les rodea está de acuerdo con sus necesidades y proporcionarles recursos para la realización de suficientes iniciativas de intercambio y acción sobre el mundo. Es tarea del educador disponer de manera oportuna los espacios, los materiales, el ritmo temporal, la organización de vida y modular sus intervenciones para favorecer una actividad del niño con sentido en la que estén implicadas capacidades diversas. Será necesario ajustar frecuentemente los mecanismos de funcionamiento diario a las necesidades cambiantes de los niños.
- **Asegurar unas relaciones de confianza y de colaboración con las familias.** A edades tan tempranas, el vínculo afectivo del niño con su familia es fundamental. La comprensión de este hecho implica que ese vínculo debe ser preservado y cuidado por el educador, evitando toda ruptura entre el medio familiar y el centro. El desarrollo del niño es único y se alimenta de los dos contextos, por eso es importante saber establecer una relación positiva con las familias, por el bien del niño. Esta relación debe estar presidida por el respeto y la tolerancia y son necesarios el intercambio de información y la creación de un clima de confianza. Es lógica la búsqueda de colaboración entre centro y familia. Los profesionales no deben olvidar que no hay colaboración sin el respeto a las particularidades familiares, incluso en las situaciones menos positivas, tener en cuenta siempre los derechos de los padres como últimos responsables de la educación de sus hijos y contar con ellos. En las su cooperación en el trabajo que se realiza diariamente con ellos. En las circunstancias sociales actuales, muchas madres y padres se sienten inseguros respecto a las pautas de crianza y de educación de sus niños pequeños. En el centro infantil pueden encontrar apoyo y orientación, al poder ser testigos y partícipes de lo que allí se hace con sus hijos; y, si se crean las ocasiones propicias, pueden encontrarse con otras familias con las que compartir sus inquietudes y buscar soluciones a los problemas que les plantea la difícil tarea de educar.
- **La importancia de la observación.** Es el instrumento básico para ir adaptándose al crecimiento de los niños y a las relaciones cambiantes que se establecen en el grupo, e ir adelantándose para prever su actuación. La detección de sus necesidades y el ajuste de las actuaciones es una tarea cotidiana y continua, debido a la variabilidad individual y a la rapidez del desarrollo de niños tan pequeños. Observar implica dejar de lado las ideas preconcebidas o los prejuicios, limitarse a los hechos, las relaciones, las circunstancias que se hacen patentes en la realidad. Reflexionar con honestidad sobre lo percibido para encontrar explicaciones y hacer previsiones. La observación sistemática permite hacer un verdadero seguimiento de los niños, dar continuidad a su historia personal, comprender sus manifestaciones en función de cómo se ha ido produciendo su desarrollo. Además puede hacer patentes dificultades del desarrollo, asegurando una intervención precoz. Gracias al control sobre la propia acción que supone observar, es más fácil relativizar algunas emociones y sentimientos hacia los

niños. Dedicar tiempo a observar, sin intervenir, contribuye a colocar el centro de gravedad de la tarea educativa en los niños y no en la intervención del adulto. La acción del niño recobra la importancia y el protagonismo que merece. Las ideas que los adultos tienen sobre la evolución y sobre la educación se ven confrontadas con la realidad y son validadas o modificadas. Además, el hecho de mediatizar las decisiones por la observación, aumentará la calma educativa, ayudará a ser más conscientes de los procesos de los niños y de las consecuencias de la propia intervención («haciendo el registro me he dado cuenta de que, o he decidido que...»). Para organizar la observación para que sea un instrumento de trabajo eficaz, es necesario:

- Tener claro qué se quiere observar, ir poco a poco.
- Prever un tiempo determinado para observar.
- Tener registros cómodos para escribir, el diario es uno de los mejores.
- Reflexionar sobre ella para sacar conclusiones, actuar, planificar... e intercambiar con otros esta reflexión.
- Llevarla a cabo sistemáticamente, estableciendo alguna periodicidad para formalizarla.

Así será posible entrar en un proceso (personal o de centro) de revisión y seguimiento de la práctica, y se abrirán nuevas hipótesis de trabajo que permitirán seguir avanzando en la calidad de la atención educativa.

- **Una acción planificada.** La acción con un grupo de niños encaminada conscientemente a favorecer su desarrollo no se puede improvisar, siempre es necesario hacer una previsión de futuro, tener un plan de acción. La planificación debe ser una guía que resuelva problemas, un marco de actuación educativa que aporte la tranquilidad de:
 - Saber que lo que hace con los niños en cada momento es lo correcto, en vistas a unos objetivos claros y reflexionados, encaminados a promover un desarrollo óptimo y unas relaciones positivas.
 - Contar con un repertorio de recursos de acción variado, cuyos contenidos son adecuados a las necesidades de los niños, que hace innecesario un esfuerzo constante de improvisación, y permite atender sin tensiones a los imprevistos, acoger las novedades e introducir las variaciones dictadas por los niños y por la propia creatividad personal.
 - Llegar a la acción conjunta con los niños sabiendo cómo plantearla, al haber resuelto previamente los interrogantes sobre la manera más conveniente de respetar sus intereses y adecuarse a sus características evolutivas.
 - Ver facilitada la propia acción y la de los niños por una organización bien pensada del tiempo y del espacio y disponer de los recursos materiales suficientes como para garantizar su bienestar, sin que dependa exclusivamente de su intervención

niños y la coordinación del trabajo de los distintos educadores pero a la vez habrá de ser propia de cada grupo de niños y de cada educadora, ya que debe responder a sus características concretas. Sea cual sea la manera de realizarla, debe resultar un instrumento de trabajo abierto y vivo. Nunca una obligación burocrática, sino un elemento tan imprescindible como la planificación de un hermoso viaje y tan útil como una buena lista de la compra.

La necesidad de contar con apoyo

El trabajo en equipo

Los niños necesitan encontrar en el centro un clima social confiable, en el que las actuaciones de todos los adultos sean previsibles, más allá de las diferencias individuales.

- Los educadores necesitan, para trabajar, un clima de bienestar que les permita apropiarse de la tarea educativa con los niños y saber que trabajan por unos objetivos comunes de manera eficaz.
- Un clima de confianza en el que cada persona se sienta invitada a participar y a aportar algo.

Estas dos necesidades, la de los niños y la de los adultos, conducen a la elaboración de criterios comunes para tener la seguridad de que se actúa correctamente. En esta situación, la creatividad se puede multiplicar y se llega a consensos que enriquecen a todos. Cuando se aúnan esfuerzos de elaboración, la consecuencia es una relación enriquecedora que evita el aislamiento y permite contrastar opiniones. Para eso, es necesario que cada miembro del equipo educativo esté dispuesto al cambio, a aceptar las ideas de otros y a revisar en común las prácticas con los niños.

Por otra parte, cada persona puede encontrar en el grupo un respaldo para su trabajo, incluidos los aspectos más emocionales del mismo: se comparten ilusiones, desánimos, responsabilidades... Cuando el grupo trabaja en común, cada persona siente que aporta algo específico, se siente escuchada y valorada. Siempre se pueden evitar los sentimientos de rivalidad, de celos, de desvalorización, y también las dificultades objetivas para llegar a acuerdos.

Cuando los problemas no se resuelven de manera inmediata, aparecen fácilmente las censuras, las agresiones más o menos solapadas, los rencores, y los conflictos son inevitables. Es necesario que los equipos estén organizados de manera que los problemas se puedan abordar rápidamente, teniendo siempre en cuenta que cuando se afrontan y se resuelven, el grupo sale fortalecido y crecido. Pero también es necesaria una disposición personal y una cultura de grupo para evitarlos: saber plantear los problemas a tiempo, ser precisos al hablar, hacer preguntas antes de interpretar lo que se percibe,

acumula la tensión y el esfuerzo. Cada una debe saber y poder cuidarlo: aprender a coger pesos correctamente, adoptar posturas funcionales, relajarse para evitar tensiones excesivas. Pero también el centro ha de contar con eso y facilitar los medios: con un mobiliario ergonómico, períodos de descanso suficientes, prevención de enfermedades profesionales,...

- Cuidar las implicaciones personales excesivas con los niños o con las familias. Supone que debe reflexionar para poder mantener una distancia suficiente, para no sentirse responsable de lo que no le corresponde ni puede resolver, para evitar acabar bloqueada en su trabajo por una autoexigencia desmedida o por asumir más tareas de la cuenta.
- Aprovechar las posibilidades de asesoramiento por parte de otros profesionales que aportan sus conocimientos para saber cómo atender mejor a los niños, tienen otra mirada sobre la tarea y sus dificultades, puede ayudar a encontrar soluciones o a analizar problemas, a disipar ansiedades y dar salida a preocupaciones.
- Acudir regularmente a actividades de formación -o plantearse con el equipo una buena formación en centro- para profundizar en lo ya sabido o para recibir ideas frescas y nuevas permite mejorar la propia práctica, pero también ayuda a evitar la rutina y el aburrimiento, mejora la autoestima, permite encontrar otros colegas, otros puntos de vista...